

Para la hora del “Ángelus”.

Viernes, 20/03/2020

El profeta Oseas tuvo una dura experiencia matrimonial: se casó con una mujer a la que amaba, pero ésta le fue infiel y, sin embargo, el profeta la siguió amando, la perdonó y volvió a aceptarla. Su tragedia personal ha sido, en el libro sagrado, un símbolo de la conducta que Yahvéh Dios ha mantenido con su pueblo, al que ha seguido amando a pesar de los desaires con los que le ha respondido. Oseas ruega al pueblo que recapacite, pida perdón y deje de confiar en lo que no da esperanza fiable: “Perdona del todo la iniquidad, recibe benévolo el sacrificio de nuestros labios. No nos salvará Asiria, no montaremos a caballo, no volveremos a llamar dios a la obra de nuestras manos. En ti encuentra piedad el huérfano”.

Para aquellos israelitas, siempre inclinados a fabricarse dioses que les dieran felicidad, Asiria era la imagen del poder más contundente. Una alianza con los asirios les aseguraría —pensaban— la seguridad nacional y personal. El profeta se esforzó de muchos modos para hacerles comprender que estaban equivocados. Tal vez el virus está haciendo ahora el papel del profeta. Al trastocar todas nuestras rutinas y, de algún modo, nuestra vida, puede que también toque nuestras convicciones y nos preguntemos qué es lo importante y qué lo secundario.

Ante un escriba de buena voluntad, Jesús reiteró qué es lo importante. Cuando éste le preguntó cuál es el mandamiento primero de todos, respondió sin pestañear: “Amar a Dios con todo el corazón y al prójimo como a ti mismo”. ¡Cuántos sufrimientos nos ahorraríamos, si tuviéramos siempre ante los ojos esta máxima! Dios quiera que estos días de ansiedad nos hagan mejores, más solidarios, más unidos y más capaces de perdonarnos, acogernos y confiar en Él. Esta oración de John Henry Newman, un hombre incomprendido por ser fiel a su conciencia, canonizado recientemente por el papa Francisco, puede servirnos de guía:

A través de las tinieblas que me rodean
condúceme Tú, siempre más adelante.
La noche es oscura
y estoy lejos del hogar.
Condúceme Tú, siempre más adelante.

Yo no he sido siempre así,
ni tampoco he rezado siempre
para que Tú me condujeras.

Deseaba escoger y ver mi camino,
pero ahora, condúceme Tú,
siempre más adelante.

Ansiaba los días de gloria,
Y, a pesar de los temores,
el orgullo dirigía mi querer.
¡Oh, no te acuerdes de esos años que pasaron ya!

Tu poder me ha bendecido
tan largamente, que aún sabrá
conducirme siempre
hasta que la noche haya pasado
y me sonrían en la mañana esas caras de ángeles
que había amado hace tanto tiempo
y que durante una época perdí.

¡Condúceme, dulce luz!
¡Condúceme Tú, siempre más adelante!